

El cumpleaños de mi perro

Hoy es el cumpleaños de mi perro. Acaba de cumplir cuatro años. Andy ya es un chico grande, ha crecido demasiado rápido. Su madre es una labradora amarilla, una de las más altas que he visto nunca. Me dijeron que su padre era un rottweiler y, efectivamente, tiene algunas marcas características de esta raza. Andy era un cachorro grande desde que nació. Lo elegí de una camada de diez por su pelaje tricolor: negro, marrón y crema. Parecía tener un carácter dócil, no se quejaba cuando lo ponía boca abajo y lo sostenía como a un bebé. No me miraba a los ojos y no mostraba signos de agresividad. Supe que había encontrado a mi compañero.

La gente siempre hacía comentarios sobre el tamaño de las patas de Andy. Son bastante grandes y nunca le quedaron pequeñas. A medida que él crecía, también lo hacían ellas. Me burlaba de él y le llamaba Ronald McDonald por sus grandes zapatos de payaso. Así que, muy acertadamente, le puse el nombre de Andy Little-paw. Resultó ser el mejor perro que he tenido nunca. Es 54 kg de amor puro, tonto e incondicional.

Para su cumpleaños, pensé que sería bonito llevar a Andy al parque para perros para que jugara con sus amigos. Después, lo llevaría a nuestra cooperativa local Grange Co-op, donde se invita a los perros a ir de compras con sus dueños. A Andy le gusta ir allí porque puede entrar en la tienda para elegir sus propias golosinas y ver a otros perros afortunados que también pueden ir de compras.

Mientras me preparaba para salir, cometí el error de decirle a Andy: «¿Quieres ir al parque?». Bueno, eso fue suficiente. Empezó a bailar, a menearse y a correr hacia la puerta. Actuaba como si se hubiera bebido 12 tazas de café con 10 cucharadas de azúcar. Intenté explicarle que no me refería a irnos en ese momento, que todavía tenía cosas que hacer antes de poder irnos. Mientras hablaba, él inclinaba la cabeza hacia adelante y hacia atrás en un intento por comprender. Esperaba con expectación y salía corriendo hacia la puerta cada vez que me dirigía hacia allí. Me seguía por todas partes esperando el «vale, vamos». Al cabo de un rato, se subió a la cama y esperó con la cabeza entre las patas delanteras. Ahora me observaba mientras me preparaba moviendo solo los ojos, sin levantar la cabeza.

A medida que pasaba el tiempo, su emoción se fue convirtiendo en decepción. No pude evitar pensar en lo mucho que nos parecemos a él en lo que respecta a Dios. Al igual que Andy, escuchamos la palabra y nos emocionamos. Esperamos con ilusión las cosas buenas que se nos prometen y, cuando no suceden cuando queremos, nos decepcionamos. Puede que empecemos con gran entusiasmo y dispuestos a correr, pero eso pronto se desvanece cuando no vemos resultados o recompensa por nuestros esfuerzos. Al igual que Dios, yo sabía que iba a hacer las cosas que había dicho que haría. Y al igual que Andy, no entendemos la espera ni las razones de la espera. Nos decepcionamos tanto que nos cuesta incluso levantar la cabeza y solo miramos a Dios con los ojos y no con el corazón.

Estaba pensando en cómo los pensamientos de Dios están tan por encima de los nuestros que, si intentara explicarnos las cosas, seríamos como perros que giran la cabeza de un lado a otro tratando de entender siquiera una palabra suya. Sería como intentar explicar la física a un niño pequeño.

Así que... la próxima vez que le cuentes a tu perro o a un niño que vais a hacer un viaje que les emociona tanto que no pueden esperar. Recuerda que Dios nos está llevando a un lugar tan emocionante que a nosotros también nos cuesta esperar. Pero aún hay algunas cosas que Dios tiene que hacer primero. El hecho de que no llegue tan rápido como queremos no significa que no vaya a llegar. Dios tiene un lugar maravilloso para nosotros; y yo, por mi parte, estoy bailando de alegría y expectación por llegar allí.

Linda Carlini